

PARTE TERCERA.

PERÍODO DE EJECUCION.

CAPÍTULO VIII.

Consideraciones generales.— Planteamiento de los nuevos ideales dominando los elementos realistas.— *Cómo empieza y cómo acaba.*

I.

Como la piedra, que ántes de ser lanzada por la honda, gira rápidamente, contenida por el medio mismo que le da impulso, y al fin parte, veloz como el rayo, á dar en el blanco, sin desviarse un punto de la línea que le marcó el ojo práctico del que la impulsa, así el genio de *Echegaray* despues de haber girado en torno de su objeto, de haber tomado fuerzas y adquirido direccion, se encamina rectamente al fin constante de sus excursiones, al objeto de sus afanes, con una fruicion y una seguridad que prueban la satisfaccion y el convencimiento de su propia aptitud, de la idoneidad de los medios empleados.

Ha llegado la hora de abordar francamente la empresa, de poner en práctica el pensamiento á que sus miras van encaminadas, de plantear los nuevos ideales dramáticos, que iban á encontrar terreno bien dispuesto y fértil y ancho campo donde explicar todas sus variadas manifestaciones.

Tres son las obras que comprende esta época: *Cómo empieza y cómo acaba*, *Lo que no puede decirse* y *O locura ó santidad*; partes las dos primeras de una trilogía cuya tercera no se ha dado todavía á luz, y síntesis la otra de los nuevos ideales, en ella, como en ninguna otra, presentados y expuestos. En el análisis y exámen de estas obras volveremos á insistir sobre estos ideales, completando, supliendo y rectificando lo que en otro lugar hemos manifestado; nuestro objeto es ahora ocuparnos de la trilogía, y como de paso, de la moralidad que por este medio es permitido llevar al teatro y lo que de la vida real puede en el mismo tolerarse.

En nuestro entender una trilogía, sea dramática, filosófica ó como quiera, es un conjunto de tres obras, de tres creaciones, independientes en cuanto á su fin y objeto inmediato, relacionadas, estrechamente unidas, análogas en cuanto al fin último, al objeto primordial, realizando una aspiración común, pero de manera que la influencia de una sobre las otras y viceversa sea marcada, distinta, inequívoca y natural, aunque puede no ser directa, ni inmediata, ni regular, ni única. Otra particularidad que ofrecen estas manifestaciones de un pensamiento, más ó ménos trascendental y significado,

es la de ser absolutamente preciso que las obras que constituyen la trilogía, estén examinadas en conjunto, á la vez, casi sin intervalo ni interrupción, con el mismo criterio y análisis, porque de no hacerlo se expone el crítico y el observador á engañarse en su apreciación y á considerar diverso en todas sus maneras lo que está entre sí íntimamente ligado y es complementario y simétrico. Por eso es imposible aventurar un juicio exacto y completo acerca de la trilogía de *Echegaray*, sin haber visto la tercera parte, y por eso nos limitamos á hacer estas indicaciones que no serán perdidas cuando llegue el momento de obrar de distinto modo.

Vencida y dominada la opinión, subyugada por el encanto y la maravillosidad de las obras anteriores, nada puede detener á *Echegaray*, ni el temor natural á todo innovador y reformista que quiere volverlo y trastornarlo todo, ni el desaliento que infunde la magnitud de una empresa al que no se cree con fuerzas suficientes para acometerla y llevarla á cabo. Perfectamente dispuesto, admirablemente secundado, animoso é impávido, da comienzo á su gran obra: veamos cómo la realiza. De hoy más hemos de seguirle en su carrera triunfal, como satélites de un astro, ya que el estudio constante de sus obras, de su genio, de su inspiración, casi nos ha identificado con él, y aunque no abrigamos la absurda pretensión de participar de su gloria, nos congratulamos de contribuir á ella, de llevar nuestro grano de arena al pedestal de su fama imperecedera,

como todo lo que es grande y tiene por límites el espíritu y por templo el infinito espacio.

II.

Argumento de *Cómo empieza y cómo acaba*: Pablo vive en Madrid con su mujer Magdalena y su hija María, feliz y en gracia de Dios, cuando un pleito maldito, que puede causar su ruina, le obliga á marchar á Cuba, dejando á Magdalena con las primeras espinas de un amor que ha de motivar la catástrofe de la obra. Apenas marcha su marido, Loreto se presenta diciéndola que Torrente, herido en duelo por haber defendido á Magdalena, ultrajada públicamente, aguarda en la calle el permiso de ésta para subir á pedir perdón por haber tomado una defensa que, al no corresponderle, es prueba de su amor. Magdalena se indigna, pero Loreto, al despedir al amante, le hace señas contrarias, y Torrente se presenta, siendo muy mal recibido por Magdalena que, al exagerar su indiferencia y reprobación, da lugar á que Torrente se defienda, y al ver calificado de comedia su amor y su herida, rompa los vendajes que la cubren, y, desgarrándose el pecho, del que brota sangre, obliga á que, arrepentida y vencida, Magdalena se arroje á él para empapar la sangre, y cuando va á entrar su hija María, al ver que Torrente no tiene fuerzas para marcharse, le cubra con el cortinaje, ocultándole con su cuerpo, y dando lugar

á que Torrente se apodere de su mano y en ella imprima un beso que obliga á lanzarse en brazos de su hija á Magdalena para ocultar su impresión.—Han pasado dos años desde el primer acto; Magdalena ha correspondido de un modo platónico á la pasión de Torrente, y quiere concluir, porque Pablo vuelve de América. Torrente se niega á ello, y queriendo levantar una barrera de escándalo entre los dos esposos, entrega á Pablo las cartas en momento oportuno para que le encuentre encerrado con Magdalena en casa de ésta, como efectivamente los sorprende, terminando el acto segundo con salir al campo á batirse Pablo con Torrente.—Han llegado á la quinta ó casa de campo de don Andrés, en donde se ha de verificar el duelo al amanecer. Cada cual ocupa su cuarto y los padrinos están arreglando las condiciones del desafío, cuando empieza el acto tercero. Torrente escribe á su madre. Pablo siente una necesidad imperiosa de saber el misterio que encierra el amor criminal de su esposa, que cree falso. Magdalena llega á las altas horas de la noche á la casa con el decidido propósito de salvar á su marido; ve á Torrente, el cual la dice que lo matará, y que nada ni nadie, si se exceptúa su fuga con la adúltera, puede salvarle; Magdalena concibe el horroroso pensamiento de asesinarle; toma un cuchillo de monte que hay en un trofeo de armas; entra en el cuarto de Torrente, en el momento que Pablo sale de buscarle para que le diga la verdad; Pablo que sale y Magdalena que entra van á oscuras; Magdalena cree que es Torrente, y le clava

el puñal en el pecho, saliendo Pablo á morir á escena, en donde se conoce la equivocación y la consecuencia del crimen, con lo que termina la monstruosa tragedia de *Cómo empieza y cómo acaba*.

Echegaray está en pleno período de ejecución. Los nuevos ideales, esas luchas de la conciencia, van á ser presentadas en el teatro. Ese deber puro, que debe acomodarse á la moral más pura también, se ha encarnado en un pensamiento á que tiene que dar forma dramática. El alma humana perdida su libertad moral por ceder á la pasión su puesto; la esposa saliéndose del severo camino que su honor y el de su marido le ordenan seguir; una falta leve, levísima, en cuya comisión el alma siente singular complacencia; las cosas pequeñas dando motivo á las gigantescas; una chispa produciendo un incendio; una débil lancha temerariamente salida á medio del Océano, confiada en la ausencia del peligro, destrozada por violento huracán; esto va á presentarse en escena *Echegaray*, y lo presenta con una gradación de sucesos que pasma y con una fatalidad lógica que aterra. Tal es el pensamiento de *Cómo empieza y cómo acaba*. Cuando Magdalena, que no es mala, ha permitido á su alma tener simpatías por Torrente, compadecerle, amarle y corresponderle, desear concluir su criminal pasión y apagar la hoguera que prendió, no ha previsto que con esto contraía amores adúlteros, recibía á su amante criminalmente, era sorprendida por Pablo en infame compañía, exponía la vida de su esposo, era afrentada por su hija, concebía el asesinato de Torrente

y mataba á su marido por catástrofe impensada é inconcebible. El pensamiento, pues, se realiza en toda la extensión que se propusiera su autor; la catástrofe tiene lugar lógica, fatal y dramáticamente; la moralidad del pensamiento salta á la vista de todos, pero clara, determinada, ejemplarmente. *Cómo empieza y cómo acaba* debiera ser drama en que todos hallasen bondad; los partidarios de la dramática docente por resolver una tesis moral exponiendo plásticamente las consecuencias de la maldad; los amantes de los efectos sorprendentes por tenerlos de grande y fortísima sensación. ¿Sucede así? Todo lo contrario. Esta obra ha sido objeto de todas las censuras que se pueden amontonar, sí, amontonar, por sus enemigos, contra un drama detestable. Su fin es inmoral; eso no puede presentarse en escena; todo es falso; esos caracteres son caricaturas; nada de lo que sucede hemos visto en el mundo que vivimos; su autor ha inventado causas criminales; ese es un poeta que sólo busca lo horrible; si hubiese en ello algo de humano sería mejor ser fiera; éstas y otras muchas atrocidades se han dicho de *Echegaray* y de su *Cómo empieza y cómo acaba*. Nosotros, diciendo la verdad con entera franqueza, después de detenido análisis de la obra y de cuanto sobre ella se ha escrito, y de estudiar con profunda reflexión los menores accidentes y los mayores momentos de lucha, juzgamos la obra con más justicia, ó si se quiere, con más benevolencia.

La moral de la obra es intachable; sólo puede decir lo contrario el vicioso que no habla de sus vicios por

hipocresía, el que censura sus defectos por no descubrirlos, el que cree que lo que hace la mano derecha no lo sabe la izquierda, el que cierra los ojos para no ser visto.

Pero ¿serán justificables todos los medios que conduzcan á la consecucion del fin dramático? Esto, que ha motivado tanta y tanta diatriba contra *Echegaray*, es lo que hallamos de muy difícil resolucion. El autor ha planteado el problema con una valentía que pasma. Para él todos los medios que emocionen, que conmuevan, que aterren son lícitos; pero el público sensato quiere que estos medios sean bellos, sean estéticos, sean artísticos. Y aquí es donde está, en nuestro concepto, la parte débil de esta obra, que por lo demás era la más notable que hasta entónces habia concebido su autor. Drama realista en donde se presenta la verdad copiada crudísimamente, desnuda acaso de los atavíos de la belleza, pero con ciertos elementos románticos como el amor platónico é incoloro de Magdalena, pues ni es voluptuoso ni es idealista; el puñal del asesino propio de los tiempos melencólicos de Víctor Hugo y Dumas, Rivas y Zorrilla; el candoroso carácter de Pablo, y ciertas situaciones sólo creadas en los tiempos del utópico romanticismo; hay que reconocer que nunca ha llevado al teatro el autor recursos tan repugnantes. Torrente quitándose el vendaje de su herida y desgarrándose hasta derramar sangre en presencia del público; el mismo amante entregando las cartas criminales al esposo ofendido gozándose en el escándalo de su

adulterio, y dejándose sorprender con la esposa infiel; Magdalena, convertida, en la escena misma, en asesino de su marido son sucesos que no puede admitir ninguno que comprenda el fin de la poesía, que es la belleza, y sólo la belleza, siquier aumente su mérito notable cuando la obra bella realiza el bien ó la verdad. Dudamos que haya quien conceda carta de naturaleza en el teatro á semejantes atrocidades; pero convengamos en que una vez admitidos estos medios la obra *Cómo empieza y cómo acaba* resulta bella, grandiosa y digna de aplauso.

Con ser tan compleja la accion está conducida de un modo tal que jamás deja de conseguir lo que se propone. No conocemos ninguna más directa, más oportuna, que hiera más friamente y con mejor tino. Lo que hay es que desconfiamos de que sea emocion del alma y no sacudimiento de nervios lo que se siente al presenciar semejantes excesos. Pero, repetimos, admitido como bueno, casi todo está justificado, y lo que es más, todo es hábil, magistral y bello. Nos atrevemos á asegurar que *Echegaray* no ha estudiado ninguna de sus obras tanto como ésta, acaso porque él abrigaba estos mismos reparos que indicamos, ó porque por el contrario, convencido de la conveniencia de su fondo y de su forma, y previendo los ataques, queria resistir con tenacidad por ser fortísima é inexpugnable su obra. Sólo la hallamos débil en la admision de tales recursos. Por esto el que no los admita debe decirle lo que nosotros le decimos: «Esto debe ser bello y no lo es; el arte dramático que no realiza la belleza no es tal arte, y todos sus gran-

des ideales no le darán vida ni salvacion.» Y ni una palabra más, porque esta obra está acorazada. Tienen mucha razon los que admitiendo los medios empleados dicen del drama que examinamos que es hábil, magistral y bello: en la inmediata presentacion de Torrente en cuanto marcha Pablo; en la escena de despedida de Pablo y Magdalena; en la escena en que Torrente, lleno de pasion, exclama:

¡Torpes lienzos que cerrais
de mi herida la ancha boca,
decid á quien os provoca
que la sangre en que os manchais
la conservaba en mis penas
para ella, no para mí;
y pues me arroja de aquí,
yo la arrojé de mis venas!

en la contestacion á Magdalena, que dice:

¡Más sangre, más! ¡Ay de mí!
¡Se muere!

en que el atrevido amante prorrumpe amorosísimamente:

¡Vana quimera!
¿Cómo es posible que muera,
si al verte cerca de mí
con cariño y sin enojos,
¡más vida, mucha más vida
que se escapa por la herida
voy bebiendo por tus ojos!

en la escena final del primer acto; en la escena de María; en la de ésta con Magdalena; en la aparicion de Torrente; en aquel abrazo que da Magdalena á don Andrés despues de decir:

Cuando es muy grande el placer
casi parece dolor;

en el final del acto segundo, sobre todo en la lucha imponderable de Torrente y Magdalena; en esa idea, maravilloso análisis psicológico, que en la mente de Magdalena empieza á tomar cuerpo y que concluye en decision y propósito horribles cuando grita: *¡Tú lo has dicho!* excusa del asesinato; en las frases de Pablo cuando oculta á su hija María que su madre le haya clavado el puñal, y dice:

Amala mucho... hija mia.
¿Quién suple á una madre? ¿Quién?
(Aparte.) ¿En quién creyera, Señor,
si supiera que su madre...?

en el carácter de Torrente que es verdadero y consecuente, si le quitara un tanto de amor ó de perversion y ensañamiento; en el de Magdalena maravillosamente exacto y real, que no se desmiente ni un momento; en el de Pablo, marido honrado, digno, lleno de amor y de idealidad, tan bondadoso siempre que ignora, ó al ménos no quiere creer, la existencia del mal, alma tierna y levantada que al saber la infamia de su mujer exclama:

¡Deshonrarme! ¡Dios clemente!
 ¡A mí, que tanto la quiero!
 ¡Si lo dice el mundo entero,
 es que el mundo entero miente!
 ¡Mi amor! ¡mi nombre! ¡mi fe!
 ¡de la liviandad despojos!
 Si lo miro con mis ojos,
 ¡los ojos me arrancaré!
 ¡Mientes, ruin cristal, que lloras;
 mientes, imbécil razon;
 defiéndela, corazon;
 tú aciertas, tú, que la adoras!
 (Golpeándose en el pecho.)

Y en nada más tienen razon. María es una niña demasiado inocente para saber tanto, ó sobrado entendida para ser tan inocente; Loreto es una alcahueta de las que no se ven, gracias á los hombres, por nuestras casas; Nebreda... no hablemos de tal truhan; y D. Andrés, figura de la que maldita la cosa que se ha cuidado el poeta.

Nos confirma más y más en lo que hemos dicho respecto al esmero que *Echegaray* ha puesto en *Cómo empieza y cómo acaba*, su forma, su estilo, su lenguaje. El *Echegaray* de *La esposa del vengador* y *En el puño de la espada* ha desaparecido; ya no tiene aquellos raptos de lirismo empalagoso y erudito que tanto censuramos; el poeta ha progresado extraordinariamente, ha pulido su obra veinte veces. Correcto, propio y natural en el estilo; escogido, elocuente, persuasivo, apasionado en el lenguaje; de forma que puede servir de modelo, sin

afectacion ni amaneramiento, cuesta mucho acostumbrarse á creer que sea el mismo *Echegaray* su autor. Para encontrar semejante diferencia en el estilo hay que remontarse á nuestros poetas del siglo xvii, y áun de entre éstos escoger alguno como Antonio Enriquez Gomez, cuyas obras son tan distintas que á veces se duda pertenezcan al mismo autor. *Echegaray*, pues, ha dado un paso de gigante en la forma, y adquiriendo una sobriedad de que ántes careciera, no ha perdido en poesía, riqueza y abundancia. Mucho nos alegra que el planteamiento de sus nuevos ideales sea tambien señalado por el mejoramiento de su estilo poético; y esperando hallarle consecuente en sus propósitos, no defraudando las lisonjeras esperanzas que hiciera concebir, nos apresuraremos á observar si en las obras que siguieron á ésta continúa realizando los nuevos ideales en la misma forma brillante y delicadamente bella, abandonando por otros más propios y oportunos, esos recursos y efectos extravagantes que merman el mérito de sus anteriores producciones.

Creemos que así ha de suceder; si nuestro deseo nos engaña, sírvanos de disculpa la conviccion que nos hizo formar el ver que en la segunda época de su dramática, mejorando absolutamente en la forma, en la correccion y en la sobriedad del estilo, y contando con la poderosa ayuda y estímulo de los nuevos ideales, grandiosamente creados, que sólo afean los recursos que á voz en grito están pidiendo sustitucion digna y provechosa.

Hasta ahora de los tres elementos que necesariamente concurren á la creacion de una obra dramática, los ideales, la forma y los recursos escénicos para conducir la accion, los dos primeros los ha satisfactoriamente realizado *Echegaray* en *Cómo empieza y cómo acaba*, permaneciendo incorregible en lo que se refiere al mal empleo del tercero, lo cual no nos impide abrigar la esperanza de que en su nueva época ha de presentar otros efectos, que no pueden faltar á su gigantesco númen dramático, ménos discutibles, más estéticos, más artísticos y verdaderos, que acabarán por hacerle digno de loa, de aplauso, de admiracion y de inmortal renombre.

CAPÍTULO IX.

Planteamiento de los nuevos ideales dominando los elementos románticos.—

Lo que no puede decirse.

¡Ay de tí, miserable mortal, si el demonio de la duda se apodera de tu alma! Tú buscarás la verdad en medio de los más terribles dolores; acaso, engañándote á tí mismo, creas haberle vencido y que puedes dormir tranquilo y confiado en tu razon. ¡Infeliz! La cosa más insignificante atenaceará tu alma, el anhelo será mayor, la aficion estará más dispuesta y... declárate vencido, el hado adverso te obligará á sucumbir y tu duda será satisfecha arrollándolo todo y sacrificando... lo que más ames en este mundo. ¡Ay de tí, desgraciado; si tu madre está de por medio, ella será tu víctima propiciatoria!

Gabriel, y estamos en el fondo de *Lo que no puede decirse*, quiso saber algo que le ocultaban, que no debia conocer; anidó la duda en su alma; inclinándose á creer lo que no era cierto, creció su anhelo porque lo cierto no podia mostrársele; supuso verdadera la mentira revestida por las apariencias con manto de verdad;